



ESCLAVA Y REINA

IV

Cuanto más exaltada fuí sobre los cielos, tanto más humilde me reputé en mi corazón. dice la Stma. Virgen, por boca del Beato Grignon de Monfort.

Y no pudo ser de otra manera, porque la humildad es solamente la que conduce a la verdadera exaltación, como el calvario es el único camino para resucitar con Cristo.

Eva, creyendo orgullosamente que llegaría a ser diosa, se vió enredada miserablemente en los planes de Satanás.

La Stma. Virgen por creerse la criatura menos digna, Dios la elige para que sea como medio por el cual lleguen al mundo todas las gracias del cielo y tan necesario e importante llega a ser su papel en la redención humana que Dios mismo la pide su consentimiento.

Y es que Dios humilla a los soberbios, como exalta a los humildes en proporción a la humildad que tuvieron.

El mundo ensalza para después denigrar; Dios humilla para exaltar. Esto no es extraño, pues entre los procedimientos de Dios y de los enemigos del alma, siempre hubo oposición de contrariedad.

De S. Francisco de Asís se dice, que ocupa en el cielo el trono que dejó Luzbel, porque si éste fué prototipo de soberbia, aquel lo fué de humildad.

¡Qué exaltación tendrá la Stma. Virgen cuya humildad corre pareja con la de aquel de quien se dice, y por antonomasia, en las sagradas escrituras, *humiliavit semetipsum.*)

Las prerrogativas y gracias incomparables con que hermosó mi alma el Criador, para que fuese digna Madre de

su Hijo, me tuvieron siempre como hundida en un abismo de humildad.

La humildad, por consiguiente, es el gran secreto de las mayores exaltaciones, y esta ley que se cumplió rigurosamente en Cristo, no debió abolirse para criatura alguna.

Si Cristo adquiere un nombre sobre todo nombre, fué por ser el más despreciado en la tierra.

Los que quieran seguirle han de proporcionar su humildad con el grado de unión que quieran tener con El.

Así que, como condición envuelta en los planes de la Providencia, estaba, que sería la Corredentora de los hombres la que fuera la mujer mas humilde.

Y este plan es muy apropiado para la redención del género humano, pues si su mal y su caída tuvo por origen la soberbia, su bien y su levantamiento debía empezar en la humildad.

Los dones extraordinarios que recibieron nuestros primeros Padres en el Paraiso los ensoberbecieron, dando origen a su estrepitosa caída, cuyas consecuencias sufren todos los hombres.

La Stma. Virgen desde el primer instante de su concepción poseyó más gracias que Eva tuvo en el Paraiso. Pero estas gracias le sirvieron de poderosos motivos para humillarse y de su humildad empezaron a nacer beneficios extraordinarios para la humanidad

Bien pronto se decidió Eva a pisotear el mandamiento divino cuando hubo quien halagara su vanidad. La Stma. Virgen, aunque oye que es llamada llena de gracia y aunque se le asegura que el Espíritu Santo realizará en ella un milagro asombroso, al cual solamente es parecido el milagro de la Eucaristía, sin embargo, titubea, porque quiere ser mejor la Esclava del Señor, que la Madre del Verbo, si esto ha de ser con perjuicio de su humildad y de sus votos.

Pero ésta era precisamente la mujer que se necesitaba en el plan divino, pues si Eva por una ligereza, propia de mujer, lo perdió todo, por otra mujer, capaz de sacrificar hasta lo más caro, debía venir la restauración.

La serpiente representaba la soberbia; quien hubiera de quebrantar su cabeza y ser la heroína que mantuviera cada vez más profunda y odiosa la enemistad con ella, de-

bía ser como la personificación de la humildad, pues los males morales no se remedian sino con virtudes contrarias

Con razón casi al empezar su inspirado libro «La verdadera devoción a la Stma. Virgen, hablando de la humildad de nuestra Reina y Esclava dice: «Su humildad ha sido tan grande, que no hubo en la tierra atractivo mayor y más constante para Ella que el ser desconocida de sí misma y de toda criatura, para no ser conocida sino de sólo Dios». Y en otro lugar de la misma Obra, después de relatar las glorias de María, escribe: «Así será enriquecida, enaltecida y honrada por el Altísimo, la que se ha empobrecido, humillado y ocultado hasta el fondo de la nada por su profunda humildad durante toda su vida».

Esclava por su humildad y Reina por la divina largueza, quiere que nosotros seamos humildes para que también reinemos con ella. Con razón sobrada ha dicho un gran devoto suyo, poniendo estas palabras en sus purísimos labios: «Procura con gran conato conseguir la verdadera humildad y serás conmigo ensalzado en la gloria. Sígueme a Mí.»



SE RUEGA A LOS SRES. SACERDOTES QUE RECIBAN
ESTA REVISTA LA DEN A CONOCER A SUS
COMPAÑEROS.



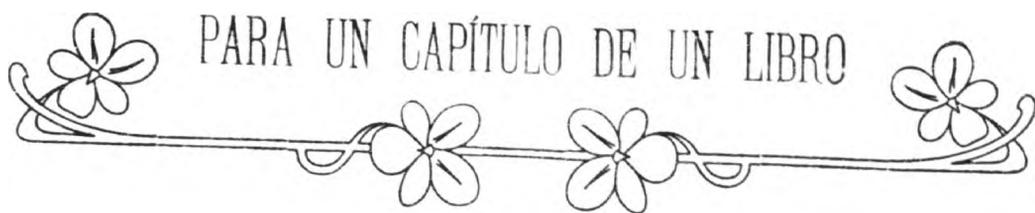
ORACIÓN

A la Divina Infantita María Santísima

AMABILÍSIMA NIÑA, preciosísima criatura, obra maravillosa de la Beatísima Trinidad, que en ti se complace, eligiéndote desde *ab eterno* para Madre del Verbo; encanto de tus dichosísimos padres Joaquín y Ana; consuelo y alegría de los pecadores; que con tu feliz Nacimiento, anunciaste al mundo la paz que había de dar tu Unigénito Hijo a los míseros mortales; aurora bella, que con tus soberanas luces viniste a iluminar las almas que se hallaban en la noche oscura de la culpa e ignorancia. Dígnate, amabilísima Señora, apiadarte de esta nación afligida que te invoca, y en tí pone sus esperanzas en las angustias y terrores que la oprimen; y pues has querido que en tan calamitosos tiempos veneremos tu santa niñez y admirable infancia, sea esta devoción el escudo impenetrable que nos defienda en los trabajos que nos cercan; presenta al Señor aquella tierna edad, en la que tantas virtudes ejercitaste, y en la que tanto agradaste a Dios; desarma sus iras; pon tus manos tiernas e inocentes, rogando con ellas al Señor tenga compasión de nosotros; ofrécele aquellas lágrimas que lloraste luego que conociste ofendida por sus criaturas aquella bondad inmensa. En tu corazón quedan nuestras tribulaciones, esperando firmemente que darás el remedio a nuestras angustias: te lo pedimos por el dolor que tus santos padres tuvieron al separarse de tí presentándote en el templo, para que libre de estas tribulaciones, bendigamos y glorifiquemos las misericordias de nuestro Dios y tuyas. Amen.



El Illmo. Sr. D. F. José María de Jesús Belaunzarán, antiguo Obispo de Linces, (México) concedió 240 días de Indulgencia a todos los fieles de ambos sexos, siempre que devotamente rezaren la presente Oración, como consta por su decreto de 25 de Enero de 1800.



III

Jesús Sacramentado modelo y guía de las sociedades modernas.

I

JESUCRISTO MODELO DE LOS HOMBRES BAJO DISTINTOS ASPECTOS

No siempre las luchas son iguales en la Iglesia, porque no siempre son las mismas las enfermedades sociales, y, por ende, no han de ser idénticos los modos empleados por Cristo para destruir los errores y vicios que la impiedad enseña; aunque siempre persevera el tener que asemejarse a Jesús, para acreditar que se vive según Dios. El mismo Cristo no quiso manifestárenos siempre de la misma forma para atraernos hacia El y servirnos de modelo: en las catacumbas y en los primeros siglos de la Iglesia se muestra como Divino Pastor y como Maestro de los apóstoles, que le escuchan absortos; más tarde el crucificado es el objeto de todas las miradas, y la Cruz redentora corona todas las maravillas humanas, sirve de guía en las más legendarias empresas e impulsa a realizar gigantes epopeyas a los hombres, que forjan sus almas en el fuego de la Pasión de Cristo; otro día alboró, en el luminoso horizonte de la Iglesia, la imagen de Jesús, mostrando a los hombres los divinos y amorosos incendios de su Corazón Sacratísimo, y el Corazón que tanto ha amado a los hombres salió del Sagrario radiante de luz y de hermosura para mostrarnos que allí estaba para nosotros el modelo especial que debíamos seguir; y hace ya siglos que nos llamó Jesús de un modo especial al Sagrario, mediante la B. Margarita-María de Alacoque, y hoy es ya tan manifiesto su querer, que no habrá católico que dude, que Jesús Sacramentado es cen

tro de la vida social, no sólo porque es Sacramento de vida, si que también como modelo que imitar e ímán que nos ha de atraer, para conducirnos a la victoria en la terrible lucha que tienen empeñada contra El las potestades del averno, en estos tiempos de suprema indiferencia.

II

LA EUCARISTÍA CENTRO DE LA VIDA ESPIRITUAL EN TODO TIEMPO : : : :

No queremos decir, con lo anteriormente expuesto, que Jesús en su vida eucarística no haya sido honrado en todo tiempo por la Iglesia; lejos de nosotros tamaña impiedad. La naciente Iglesia se reunía en las Catacumbas, continuadoras del Cenáculo, para estrechar más los lazos de la misma fe, del mismo espíritu y del mismo amor a Jesucristo, recibiendo a Este real, verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Los mártires que salían de aquellos subterráneos con el alma enrojecida por el fuego del amor divino, que aspiraban en la Sagrada Comunión, eran delante de los tiranos y de los verdugos, en las cárceles y en el anfiteatro verdaderas maravillas de valor cristiano, que se imponía a las más sanguinarias fieras. que anonadaba a los emperadores, que hacían blando el acero, que dejaba sin acción las hogueras y que siempre daba fortaleza a los *Cristíferos* para dar su vida heroicamente, antes que apartarse del amor fiel a Jesús Sacramentado.

Y cuando la Iglesia triunfó del mundo pagano a costa de propios sacrificios, en los que tantas veces la sangre de sus hijos era el precio del triunfo, a la cabeza de ella, como Divino Fundador, se levantó Jesús Sacramentado. Y en las terribles luchas sostenidas después en contra de los hijos de Mahoma, los combatientes cristianos, robustecidos con el Pan bajado del Cielo, lanzábanse a los combates y admiraron al mundo en las tantas veces repetidas victorias de las Navas y Lepanto, y en aquellos aguerridos tiempos de la edad media no faltaron a la Iglesia santos y sabios, a cuya cabeza figura, sin duda, el Doctor Angélico, que legaron al mundo sublimes monumentos eucarís-

ticos, como el Oficio del Santísimo Sacramento, que es verdadera sorpresa, por lo admirable, para el mismo humano ingenio que lo ha trazado.

III

JESÚS SACRAMENTADO MODELO PECULIAR DE LAS ALMAS DE NUESTROS TIEMPOS : :

Mas, si bien es verdad, que jamás han faltado verdaderos amantes de Jesús Sacramentado desde S. Tarsicio, niño mártir del amor a la Eucaristía, hasta Sta. Catalina de Sena y Sta. Teresa de Jesús; también lo es que muchos santos, tan puros como S. Luis Gonzaga, empleaban media semana en prepararse para comulgar y otra media en dar gracias por haber comulgado; y los mismos fundadores de Ordenes y Congregaciones Religiosas no preceptuaron la comunión diaria, con lo que bien a las claras se manifiesta, que el respeto más profundo al Augusto Sacramento del Altar se imponía, como nota característica, en la Iglesia.

A este respeto, que conservaba a Jesús Sacramentado adorado y reverenciado en todos los sagrarios del mundo, ha seguido un espíritu de ardentísimo amor que no se satiface con tener a Jesús en el Copón y lo manifiesta a toda hora en la Custodia, porque el amante desea contemplar sin tregua al objeto de sus amores; y ni con mirarlo incesantemente se siente satisfecho, quiere más, porque el amante aspira a unirse del modo más íntimo con el amado, hasta hacerse una sola cosa con él, si fuera posible, transformándose en él del modo más perfecto; unión y transformación que se verifica con Jesús del modo más consumado en esta vida, cuando se recibe la Sagrada Comunión, por la que el hombre hospeda en sí a Cristo, comiendo la carne y bebiendo la sangre de El y viviendo de la vida de El mismo, hasta el punto que, si nosotros con verdadero amor lo recibimos, podemos decir con S. Pablo: «La vida que yo vivo no es vida mía, es vida de Cristo que vive en mí».

Y porque esta nota es característica de nuestros tiempos, jamás, como ahora, se practicó el culto y unión con Jesús Sacramentado, como si con esta práctica quisiera ense-

ñarnos la Iglesia, que, según la vida eucarística, quiere que el mundo sea restaurado en Cristo.

Todo en la Iglesia respira hoy espíritu eucarístico, desde lo más perfecto hasta lo más ordinario de la vida piadosa.

Las congregaciones religiosas creadas con el capitalísimo fin de salvar las almas honrando a Jesús Sacramentado, coronadas por la incesante labor de los congresos Eucarísticos y por las paternales instancias del eucarístico Papa Pío X para acercar el mundo católico en torno de la Custodia y llevarlo a la Comunión diaria, son testimonios más que suficientes para convencernos de tan consoladora verdad.

Sin temor de equivocarnos podemos decir que el siglo pasado forjó en sus entrañas los riquísimos materiales que habían de dar en estos tiempos, como ejemplar y medicina, a Jesús Sacramentado.

Fundáronse en Roma, y extendiéronse después por todo el mundo, las congregaciones eucarísticas: la Adoración Perpetua y la Adoración Nocturna; en la primera década del siglo XIX, empezóse a infundir en las almas un espíritu tal de amor al Divino Rey de la Eucaristía, que personificándose en el bienaventurado P. Pedro Julián Eymard, hizo surgir la Congregación del Santísimo Sacramento para hombres y la de Esclavas del Santísimo Sacramento para señoras, en la que no cupo poca parte, al otro también bienaventurado. Juan B. Vianney, párroco de Ars. De tan hermoso árbol brotaron las ligas eucarísticas y la Confraternidad de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento para estimular a la Comunión diaria. De estas raíces brotaron llenas de lozanía la Congregación de María Reparadora, fundada al mediar el pasado siglo; las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, nacidas en Sevilla en el último tercio de la misma centuria; las Adoratrices, los Sacerdotes Reparadores del Sagrado Corazón de Jesús y tantas otras fraguadas en los pechos caldeados por el amor eucarístico, que son pruebas más que suficientes de nuestro aserto.

Por lo que podemos concluir que la Iglesia Católica vive y exhala por doquiera espíritu de Cristo; pero como se manifiesta en el Augusto Sacramento del Altar.

Para concluir este asunto, por lo que hace a nuestro

propósito, bástanos decir, que el siglo del triunfo de la Inmaculada en el dogma, preparaba con divina sabiduría el siglo del triunfo de la Inmaculada en las costumbres; y éste había de ser el siglo de la Eucaristía; porque hasta tanto que la fe y las costumbres no se rehabiliten, según los fundamentos del dogma de la Concepción Inmaculada, no estarán las almas verdaderamente dispuestas para ser fieles soldados del Rey de la Eucaristía.

IV

VIDA GLORIOSA DEL SIGLO XX : : :

Siglo venturoso, siglo de eterna gloria y bienandanza, si, como es de esperar, cae de hinojos ante el Rey, Sacramentado por amor de todo el mundo.

Es el triunfo segundo de Jesucristo sobre las almas. Antes reinó desde la Cruz:—*regnavit a ligno Deus*;—hoy, desde la Custodia, desde el Copón, desde el Sagrario.

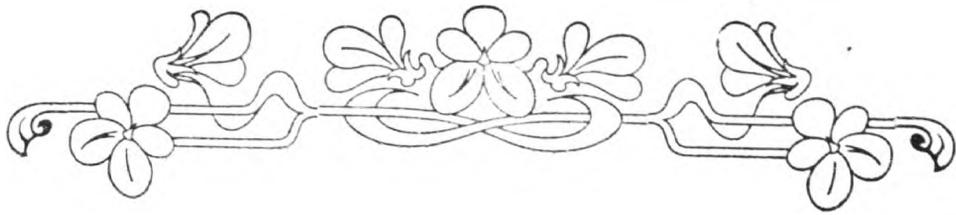
Y este segundo reinado de Jesús sobre la Humanidad será gloriosísimo, pues el hombre alcanzará la mayor perfección posible, con el trato constante e íntimo de Jesús Sacramentado y, sobre todo, con la Comunión frecuente, pues la vida de Cristo y la de los que comulgan dignamente, en cuanto puede ser, son una misma vida; Cristo y el que lo recibe permanece el uno en el otro, y así como Jesús vive de la vida de su Eterno Padre, así también el que comulga vive por Cristo. De donde fácilmente se deduce que el modo más acertado para imprimir en nosotros la imagen de Jesús es la sagrada Comunión; y por ser así, nos enseña el mismo Jesús, que, si no comemos su carne y bebemos su sangre, no habrá en nosotros la vida de la gracia que El nos vino a traer con toda abundancia, y sin la cual no alcanzaremos la vida eterna. Por este motivo, los niños, en el acto de ser bautizados, cuando no tienen uso de razón reciben la Sagrada Eucaristía en la intención o deseo de la Iglesia, y los adultos, o mejor dicho, todos los que tienen uso de razón, inmediatamente después del santo bautismo reciben sacramentalmente el Cuerpo y Sangre de Cristo, prenda segura de la futura gloria.

Venturoso siglo XX, si en él, como firmemente creemos,

se realiza la conversión de las naciones a Cristo, sellando estas gloriosas alianzas con la Hostia de salud que abre las puertas del cielo. Bienaventurado siglo en el que los hombres serán alimentados con el pan de la vida y de la inteligencia, con el Pan vivo que han bajado del Cielo, con el Pan de los ángeles; y al juntarse para comer los hombres todos en la misma mesa, serán *iguales*; y por ser la mesa del mismo Padre, serán *hermanos*; y, por ser todos ajenos al viejo fermento de la malicia y a las ligaduras de' pecado, gozarán de la *libertad* sublime de los hijos de Dios. Rendidos todos entonces para ofrecer al Dios eterno de la caridad la purísima oblación del Cuerpo y Sangre del Divino Verbo Humano, será el mundo todo un redil de un solo rebaño con un solo Pastor.

• Infimo.





NOTAS EUCARÍSTICAS

En nuestro laboratorio

Y para que no pasemos sin hacer alguna consideración sobre las semejanzas que hay entre los instrumentos o aparatos para obtener el oxígeno y los vasos sagrados para la confección de la Eucaristía, entre el sujeto capaz de respirar dicho cuerpo simple y el sujeto que recibe el Stmo. Sacramento, entre los efectos del primero y los del segundo, diremos: que son innumerables los aparatos inventados para la obtención del oxígeno por medio de la oxilita, siendo unos de zinc, de níquel y de cobre otros; o de estos tres metales juntos, aleación que constituye el llamado metal blanco o plata meneses; y si la riqueza del laboratorio lo permite, hasta podrían hacerse tales aparatos de los metales preciosos, como platino y oro; pero si la posición del que posee un laboratorio no es muy acomodada, mas sí rico en ciencia, y exuberante en el amor por el trabajo, progreso y difusión de la alquimia, puede usar, de aparato, un simple frasco de vidrio, supliendo con su amor e industria en las precauciones que debe emplear, al ornato, hermosura y consistencia de los aparatos metálicos. Suelen constar éstos de dos compartimientos, uno mayor y colocado en la parte inferior en donde se depositan las pastillas de oxilita y otro menor en la parte superior, que contiene el agua, cayendo ésta paulatinamente por un estrecho orificio entre uno y otro depósito, mediante un eje que lo intercepta a tornillo, movido por una llave con la que se encuentra enlazado.

Así también, los vasos sagrados, que son como los aparatos en donde se confecciona la Eucaristía, pueden ser de plata, oro, plata meneses o metal blanco, aleación de cobre y aluminio, con tal que estos últimos entren en muy poca

cantidad en la patena y copa del caliz, las que deben ser de plata dorada, según la riqueza de las Iglesias, los tiempos calamitosos por los que éstas atraviesen, la devoción y donativos de los fieles: pero también pudieron ser, en un tiempo, de madera y arcilla y ésta, no de la alúmina más pura, sino del más tosco barro, supliendo el amor en los primeros siglos del Cristianismo, la fé y caridad de los que tenían su mansión en las catacumbas, al ornato, hermosura y consistencia de los vasos sagrados confeccionados con los metales preciosos, según aquel dicho del glosista: pudiera suceder que fueran de barro algunos corazones que reciben la Divina Eucaristía en vasos de oro, mientras que en los primeros días del Cristianismo, los vasos eran de barro; pero los corazones eran de oro.

En cuanto al sujeto capaz de respirar el oxígeno puro, sabemos, que es el hombre; el único que, enfermo de disnea y próximo a la muerte, acude a este agente terapéutico, el oxígeno, el cual, por su propiedad de activar la respiración, produce en él la salud: pero los animales, por el contrario, colocados en una atmósfera de oxígeno puro, reciben tal actividad en su respiración, que, siendo excesiva para su vida, reciben la muerte.

El sujeto del admirable Sacramento del Altar es también el hombre, que enfermo de disnea espiritual, sin alientos para caminar en la virtud, casi asfisiado del pestífero ambiente mundano, acude a este divino manjar, después de haberse bien probado en la sagrada piscina de la penitencia, y recibe tal actividad vital, que ya no es vida de hombre la que tiene, sino de Dios, ya no es él el que vive, sino que es Cristo el que vive en él. Mas, no son sujetos capaces de este Sacramento los animales, según aquel dicho de Cristo: «No queráis dar esta cosa tan santa a los perros». Como tales, podemos considerar a los que se hacen como los irracionales, no procurando que domine en sus actos, como señora, la razón sobre todas las pasiones, sino éstas sobre aquella, asemejándose así a los que carecen de ese destello casi divino. En estos, produciría el mismo efecto la Eucaristía, que en los animales la atmósfera de oxígeno puro, mientras no saliesen de ese estado de irracionalidad, pues respirarían su misma muerte, comerían su misma condenación según el versículo del capítulo sexto de S. Juan: El que

come este manjar indignamente se come su juicio o condenación.

Réstanos hacer algunas comparaciones entre los efectos del oxígeno y los que produce la Eucaristía en aquellos que la reciben dignamente; aunque ya hemos hablado de alguno de ellos, tanto en el primer artículo que de esta materia escribimos, como también en este mismo, como incidente, cuando al sujeto nos referíamos.

En la respiración hay tan íntimo enlace entre el oxígeno y el que respira, que ya no es del aire aquel oxígeno sino que es parte del que respira, porque combinándose con el carbono de nuestros tejidos y alimentos es absorbido por nuestra sangre y despedimos otro cuerpo de propiedades distintas en la espiración, que es el anhídrido carbónico. En la Eucaristía se produce esa misma íntima unión con los que la reciben, es tal, dicha unión, que la sangre y cuerpo de estos se hacen cuerpo y sangre de Cristo, por lo que se denominan no sólo templos vivos de Dios sino miembros de Cristo.

El oxígeno alimenta nuestros pulmones, da vigor y fuerza para el trabajo, aumenta y repara las fuerzas perdidas. Todo esto hace el Santísimo Sacramento, dice Sto. Tomás, en cuanto a la vida espiritual, que consiste en la gracia santificante, aumenta esta, recibe vigor y fuerza para luchar invenciblemente y ganar la gloria.

El que come este pan, dice S. Juan, tendrá la vida eterna.

El oxígeno excita la alegría, hermosea y aviva la llama, preserva de la corrupción y putrefacción, funde con su llama en el oxídrico las piedras y cuerpos que no son fusibles al soplete ordinario, como el cuarzo. La Eucaristía excita la alegría, pues Cristo es la delicia de los hombres, preserva de la corrupción y putrefacción, pues El es la resurrección y la vida. La Eucaristía aviva la llama de la caridad, pues Dios es caridad. La Eucaristía funde los corazones más duros, pues Cristo fundió en su amor a una Magdalena y a un Saulo. La Eucaristía nos preserva de las enfermedades espirituales como son los pecados; pues, Ella es, como dice S. Ignacio el medicamento de la inmortalidad, el antídoto para no morir sino para vivir siempre con Cristo.

Dr. Campillo.

Páginas israelíticas

SILBOS DE AMOR

I

Nolite obdurare corda vestra.

Veinte siglos duró para los hombres la Ley Natural, la época de los Patriarcas para el pueblo escogido, los tiempos de Abrahán, Isaac y Jacob; otras tantas centurias contó la Ley Escrita, la época en que la civilización judía sobrepujaba la de todos los pueblos, que vivían esclavos, mientras los israelitas eran libres, como hijos de Dios, viviendo bajo el régimen paternal de la Ley de Moisés, bajo el cetro glorioso de David y Salomón, y alentando siempre en el seno del pueblo escogido las más santas enseñanzas y el más sublime idealismo, conservado hasta nuestros días en las bellísimas páginas escritas por Isafas y Jeremías rebosantes de célicas visiones y en todos y en cada uno de los sagrados libros del Antiguo Testamento.

Y ya se acerca presuroso el año dos mil, a contar desde que el pueblo más glorioso de la tierra vió nacer, bajo su cielo zafir, a la más excelsa de todas las criaturas, y esta fecha nos hace vislumbrar una vida nueva para ese pueblo, testigo inpercedero de las misericordias divinas, que hace ya veinte siglos vive como planta trepadora a merced de los arbustos que la sostienen aprisionándolos de tal modo, a las veces, que debilita y sofoca a los mismos sobre los que se eleva.

¿Hasta cuando ¡oh pueblo singular! durará la época tercera de tu existencia la más remota? ¡Estos son los tiempos de la más ruda dispersión! A ellos pueden aplicarse aque!las palabras del profeta Jeremías:—Emigró Judá por verse oprimida con muchas maneras de esclavitud: fijó su habitación entre las naciones; mas no halló reposo.—Y día puede llegar, y tal vez no lejano, en que sea un hecho triste,

pero verdadero, en que se puedan añadir, materialmente, aquellas otras dolorosas palabras que el mismo profeta sigue diciendo de Judá:—estrecháronla por todas partes sus perseguidores;—pues moralmente, ¿quién dudará que este pueblo, incomparable con todos los de la tierra en grandeza y pequeñez, puede hoy repetir con más razón que nunca estas palabras de los trenos?—Es una misericordia del Señor el que nosotros no hayamos sido consumidos del todo, porque jamás nos han faltado sus bondades.

¿Porqué te olvidas; Jerusalen gloriosa, de tu Virgen nazarena, Reina de la única civilización verdadera que goza la humanidad hace ya veinte siglos? ¿No es élla acaso la Virgen dada por Isaías en señal de misericordia? ¿No es ella la que esperas tú Reina de las naciones, hace ya sesenta siglos? ¿No había de nacer de ella el Rey Nazareno? ¿Porqué tanta obstinación en desconocer la gloria immaculada que Ella proyectó sobre todas tus glorias y en desoir aquel dulcísimo silbo de tu Cristo, cuando te decía:—¡Jerusalen, ¡Jerusalen, que matas a los profetas y apedreas a los que a tí son enviados; ¡cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? —He aquí que vuestra casa va a quedar desierta. Y así os digo: *en breve ya no me vereis más, hasta tanto que reconociéndome por Mesías, digais: Bendito sea el que viene en nombre del Señor.*—(Mat. XXIII—37, 38 y 39).

Oh Niña, hermosa, por ser judía y santa, sobre toda santidad, por ser la Hija predilecta de Dios, alcanza de tu divino Hijo, que puedas volver ya tus ojos misericordiosos a los descendientes de tus padres, a los desgraciados herederos de los que fueron tus compatriotas. Mira a las vírgenes de tu pueblo y vuélveles a sus corazones las célicas alegrías de que eres causa; mira a las madres de la nación en que naciste y hazlas que engendren y nutran a sus hijos en el amor de tu divino Jesús, gloria divina del pueblo de David.

Defhemias.



APUNTES SOCIALES

La Religión y el mundo actual



A cada nuevo progreso de la sociedad, impulsada por la Iglesia, ha surgido un nuevo elemento de bárbaro retroceso; ora sangrienta y decididamente enemigo de la cristiandad, como la época de las persecuciones iniciada por S. Pablo y la barbarie agarena conquistadora; ora so pretexto de infundir espíritu de más probada virtud; ora por hipócritas ficciones de falso saber; ora por menguadas transigencias con los sistemas defensores del vicio y del error; y siempre, y en último término, con capa de humano engrandecimiento, fundado en la soberbia de los hombres, que en su *modestia*, vinieron a calificarse de *superhombres*, y han conducido a las naciones a la bajeza de miras en que hoy las contemplamos.

Sin haber surgido de los desiertos de la Arabia y del Africa, el bélico mahometismo. propulsor del imperio de la fuerza en medio del mundo ¿cuáles hubiesen sido los progresos del derecho cristiano en la Europa, que, desde el siglo VIII, vióse siempre obligada a vivir arma al brazo para resitir el fiero empuje de turcos y africanos? La barbarie agarena mantuvo en pié de guerra a las naciones europeas más de 8 siglos. ¡Qué diferente hubiera sido el progreso social de Europa, si hubiera seguido su marcha, desde el siglo VII en brazos de los concilios de Toledo, glorias inmarcesibles de la Humanidad!

Y ¿cuál sería hoy el estado social de las naciones, si no hubiera aparecido en medio de Europa el funesto Lutero, que ha detenido al mundo, cuatro siglos, aherrojado hipócritamente por la ambición, la avaricia y la tiranía? «Sin la fatal Reforma, el mundo, que, en otros tiempos,

había sido arrancado de una corrupción profunda por la energía de un Gregorio VII, ó por las excitaciones y ejemplos de un S. Francisco de Asís y de un Sto. Domingo de Guzmán, hubiera salido también de los vicios adquiridos en los siglos de guerra, y en brazos del Vicario de Cristo en la tierra, hubiérase realizado, hace ya muchos siglos aquella concepción sublime, que colocaba al mundo, no ya bajo la arbitrariedad de la fuerza, sino bajo la tutela de las ideas; que no establecía a los reyes por derecho de conquista o de nacimiento, sino en consideración a su fe y opinión; que previniendo a menudo la guerras, las hacía siempre menos homicidas; que ponía a cubierto a los reyes y a los pueblos de mútuos atentados, llamando a unos y a otros a dar cuenta de su conducta ante un tribunal inerme, si bien enteramente poderoso, porque estaba cimentado sobre la conciencia de los pueblos » (1).

Pero surgió el Protestantismo, ingénuo, al principio, y por eso enemigo, como todo error, del progreso de la libertad y de la caridad, y ha encendido entre las naciones europeas el incendio de odios en que hoy se despedaza y la ha iluminado con los execrables principios filosóficos morales y religiosos que la han conducido a la horrenda hecatombe que presenciamos; que no podía ser otro el fin de la perniciosa Reforma, ya que tales fueron sus principios, pues, como decía el caballero rey de Francia, Francisco I, «el Protestantismo menos se dirigía a edificar las almas que a destruir los reinos.» con cuanta razón dijo nuestro clásico literato D. Juan Valera que el Protestantismo trajo a Europa «más retrocesos, que progresos, porque rompió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio entre las naciones y exasperó la intolerancia y el fanatismo.» Erasmo, padre del Luteranismo ya que de él se dice que había puesto el huevo que empolló Lutero, escribía estas palabras: «Donde quiera que reina el Luteranismo, perece la literatura.»

¿Qué progreso intelectual podía imprimir a Europa una doctrina que sembraba la confusión en las inteligencias? El retrato de esta perturbación lo hizo el mismo Lutero cuando escribió: «El diablo está entre nosotros, y en-

(1) Hist. Univ. de Cesar Cantú. T. 8, c. 1.º

vía todos los días visitas a llamar a mi puerta. El uno no quiere el bautismo, el otro desecha la Eucaristía, un tercero enseña que Dios creará un nuevo mundo antes del juicio final. Este pretende que Cristo no es Dios, otro una cosa, aquel otra. En una palabra, tantas creencias como cabezas, y no hay imbécil que no se crea visitado por Dios y que es profeta.»

¿Será posible que de esta confusión, en el orden más elevado de la vida, pudiera surgir la verdadera civilización? No ciertamente, por eso no fué efecto de una evolución progresiva social lo que puso la victoria en las manos de la Reforma: «Triunfó, pues, Lutero, dice Cesar Cantú, menos por el entusiasmo de los pueblos, que por el egoísmo de los grandes.»

¡El egoísmo! He aquí el progenitor social de la Reforma protestante, que por tantos medios y maneras ha procurado convencer al mundo, que la fraternidad era el acicate que la impulsaba a dominar en el mundo, una vez que perdió su pristina ingenuidad y se revistió de máscara hipócrita de libertad, igualdad y fraternidad.

¡Libertad! Delante de la academia de Ginebra, decía Ernesto Leville el año 1839: «Los protestantes serán abatidos en lo concerniente a los principios, siempre que no admitan sin reservas la libertad con todas sus consecuencias». Palabras que estaban en perfecta armonía con el lugar en que se pronunciaron, pues «conservó Ginebra mucho tiempo las huellas del intolerante rigor de Calvino, y rechazó las artes, la poesía y los espectáculos.»

La tiranía es el arma secular del Protestantismo, más o menos paliada, según los tiempos y los lugares.

La diferencia de clases quedaba tan profundamente determinada entre los protestantes, cuanto suponen estas desconsoladoras palabras de Lutero: «Creo, dice Lutero, que todos los campesinos deben perecer en atención a que atacan a los príncipes y a los magistrados, y que empuñan el acero sin la autoridad divina. Ninguna misericordia ni tolerancia se debe a los campesinos, y sí la indignación de los hombres y de Dios... Las gentes de los campos están fuera de la ley de Dios; se les puede tratar como a perros rabiosos». Y, como si esto no fuese bastante, añadía luego, con inaudita crueldad y saña: «Castigad, castigad, príncipes; ¡a

las armas! herid, matad ¡ha llegado el maravilloso tiempo en que un príncipe puede, dando muerte a los villanos, merecer el paraíso con más facilidad que orando!»

Bajo tales influencias nacía esa civilización que por un espejismo intelectual y moral arastró a las dos naciones más prósperas de Europa y sedujo a la nación Primogénita de la Iglesia Católica, arrastrándola a los abismos de las falsas libertades y de las erróneas y heréticas doctrinas filosóficas y religiosas, que inflamaron las ansias napoleónicas de hegemonía, produjeron el sedimento de odios y venganzas preconizados con la palabra REVANCHIA, reverso el más opuesto a la fraternidad, y que alentó en el pecho protestante de los ingleses, primero; de los alemanes, después, y de la colosal República de los Estados Unidos más tarde, y que palpitan hoy en los corazones de Jorge V, de Guillermo II y de Wilson.

El libre examen, después del periodo de tiranía, no pudo dar otro fruto que el racionalismo, en el orden intelectual; el egoísmo más desenfrenado, en el orden moral; y la avaricia, en la vida de los individuos y de las sociedades. «Calvino determina un movimiento hacia el racionalismo,» dice Cesar Cartú, y de Lutero afirma que había sostenido la libertad del pensamiento humano haciendo que todo dependiese de Dios.

Pero la Reforma que empezaba protestando, con insólita soberbia, de la más divina autoridad que hay sobre la tierra, no podía llevar en su seno el fruto santo de la paz y de la concordia. Desobediencia y rebeldía fueron los fundamentos de la Reforma y eso ha sembrado en las naciones y esos son los frutos que ellas recogen. La autoridad Pontificia fué la conculcada inmediata y directamente por los protestantes de todas las sectas, mientras proclamaban un espíritu individual falsamente perfecto de sujeción a Dios; pero esto sólo sirvió de paliativo ante las muchedumbres cristianas, para desligarlas arteramente de Roma, y así con más facilidad excitar al robo de las iglesias, y al odio de los obispos y cardenales. Decía Lutero: «Todo el que ayude con su brazo y sus bienes a arruinar a los obispos y a la categoría episcopal, es buen hijo de Dios, verdadero cristiano y observa los mandamientos del Señor.» Después, con fiereza inaudita, añadía. «Cuando empleamos la horca contra los ladrones,

la cuchilla contra los asesinos, el fuego contra los herejes, habíamos de lavar nuestras manos en la sangre de esos seres de perdición, de esos cardenales, de esas serpientes de Roma y Sodoma que mancha la Iglesia de Dios.»

¿Qué principios de civilización podían sentarse con tales enseñanzas? De Lutero se ha dicho: « Su palabra era animada por el orgullo de la infalibilidad personal que se resigna a aceptar la palabra de Dios, pero reservándose el derecho de interpretarla como le agrada.»

Destruyó, más bien que Lutero, el egoísmo de los grandes el poder de los Papas, y, en frente de éste, puso la autoridad religiosa en las manos de los reyes y emperadores: «Emperador, decía, tú eres el dueño: el poder de Roma te ha sido arrebatado; no somos ya los esclavos de los tiranos sagrados.»

Egoísmo, orgullo, desobediencia, tiranía, crueldad, amor a lo terreno y olvido de Dios, eso había de engendrar el Protestantismo y eso engendró. El racionalismo, el positivismo, el socialismo heterodoxo, el anarquismo, las locas libertades causas de la corrupción de las costumbres como el divorcio, el amor libre, y la conciencia y el pensamiento libre; el naturalismo, en una palabra, con su inevitable y última consecuencia, el modernismo, supremo esfuerzo de la soberbia humana del que no hará otro juicio la historia que el ya expresado con ingeniosa y galana frase por el cultísimo señor Ferrari, cuando en su discurso de ingreso en la Real Academia Española decía: «El modernismo es la resurrección de todas la vejeces en el Josafat de la extravagancia.»

El apartamiento de Dios y el endiosamiento propio, estas son las tempestades que ha cosechado Europa, después de los vientos sembrados por las naciones protestantes, sacudió el hombre el suave yugo divino y quedó supeditado al férreo de la humana flaqueza. Y los pueblos de la Reforma arrastrados por la soberbia misma que impulsaba a Lutero, han dado siempre, con formas más o menos cultas, esta misma soez respuesta que daba Lutero a los que en nombre de Cristo le llamaban la atención sobre sus contradicciones: «Burros, les decía ¿acaso les pertenece a ellos juzgar las antilogías de nuestra doctrina?» Y no se crea que este grosero espíritu de soberbia era exclusivo de Lutero. De

Calvino dice el historiador ya citado que «la misma intolerancia que hacía creer a Calvino que no debía haber más que una Iglesia y que ésta se encontraba entre los suyos, le hizo proferir con cólera fría y prosáica injurias dignas de los mercados.» He aquí las palabras que el fiero Calvino dirigía a Westfalia: «Tu escuela es un repugnante establo de puercos. ¿Me entiendes, perro? ¿me entiendes, frenético? ¿me entiendes, feo animal?»

En tan disformes hormas se conformaron el sueco y el coturno que habían de calzar las sociedades modernas para llegar a lo sublime de la inteligencia y del heroísmo, y para soportar las vulgares realidades de la vida. En tales principios y modelos aprendieron los falsos redentores de la sociedad, de los cuales puede muy bien decirse lo que de Carlos Fourier dice un biógrafo: «Se creyó en posesión del precioso secreto de la panacea social, y lanzó el anatema sobre todo, lo que contradecía su sistema, contra la Moral, contra la Filosofía, contra la Economía, contra la historia, contra las ciencias todas. Pensó demolerlo todo y fundar un mundo sobre el cuadrículado de un tablero de ajedrez. Fué una terrible explosión de soberbia que afea toda una vida de anhelos generosos.»

¿Podían acaso hombres tales y doctrinas tan perniciosas llevar a los hombres a la verdadera civilización? De todo punto imposible

Cuanto por tal era tenido y se ofrecía a la admiración de las naciones cristianas era falso oro, puro doublé.

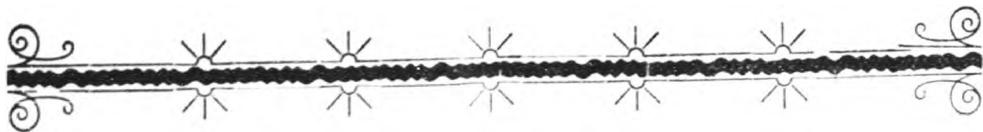
El Protestantismo y el Socialismo revolucionario se dan la mano; el libre examen y el modernismo se estrechan amigablemente, son extremos que se tocan, que se entrelazan para destruir.

¡Haga el Señor de las misericordias que las naciones retornen de nuevo a los brazos de Cristo, reconociendo la autoridad pontificia, base de toda verdadera civilización!

(Continuará).

Mirasol.





PAN DEL ALMA

Esto fidelis usque ad mortem,
et dabo tibi coronam vitae.

Apoc. 2-10.

¿Porqué te olvidas del Señor, alma, que tanto has suspirado por la santidad y que ahora mismo estás convencida de que sólo en el verdadero amor divino hallarás la paz? Porque quieres te atormentas; porque habías de ser rica y te empobreces; porque habías de estar llena de honor y te colmas de ignominia; porque truecas la sabiduría por la ignorancia; porque apartas tu vista de la belleza increada, poniéndola vigorosa en la efímera de las criaturas; porque apeteces la vana felicidad terrena, que produce anhelos insaciables, que fatigan y hacen descaecer al alma.

¿Es, por ventura, que no sientes los blandos toques que da a las puertas de tu corazón el enamorado Esposo de las almas? ¿No oyes, acaso, la dulce voz del Amado que te llama para coronarte? ¿Ha podido acaecer que no lo veas saltando presuroso por valles y collados para buscarte? ¡Ay, hermana mía! ¿porqué huyes presurosa de la vista de este divino Pastorcico, que, al ver como te alejas, llora sin consuelo y bien sea desde Belén, desde el Gólgota o desde el Sagrario clama diciendo: -Vuélvete, esposa mía, vuélvete para que yo te mire?-

¿Qué pude hacer por tí que no haya hecho? ¿No te di yo mi sangre para que en ella se lavare tu alma y le tornases la blancura de la inocencia? ¿No te fortalezco con el pan de los ángeles? ¿No serás dueña, alma mía, de la gloria eterna y tendrás por merced a Dios infinito? ¿No te enseñé yo mismo el camino para llegar a la vida de la felicidad inmarcesible? ¿Te he regateado jamás los medios para que te sublimes hasta el punto de regalarte con los Principios de la gloria de Dios?

Hijos de los hombres ¿porqué amais la vanidad y buskais la mentira? Alma mía, vuelve tus ojos a tu Amado y no tornes a mirar los encantos de la naturaleza para desearlos, ni tus propias hermosuras para engreirte por ellas. Todo lo que no es Dios de Dios es, si no es pecado, cuanto creas

tener o poseer agradécelo al Señor humildemente, que cuanto más perfecto sea es más claro testigo de la generosidad del Dador de todo bien. ¿Qué valen las bellezas que simboliza Venus? Vana es la hermosura que a la mañana se ostenta deslumbrante y a la noche es sepultada entre estiércol y gusanos. De la gracia, dicen los libros santos, que es falaz. A cuantos sedujo una mirada intensa o soñadora, el donaire, el movimiento, la vida, la vibrante expresión de una gracia, que hizo sentir al alma la alegría disipada de esta vida, arrastrándola, a una eterna ruina. *Falax gratia.*

Aborrece, hija mía, cuanto en el mundo hay para que seas ensalzada con los ángeles. Prepara al Esposo celestial con tu virginidad un refulgente trono para que regocijado descansa en él. Acuérdate del sello de amor que el Rey divino puso en tu rostro y no admitas jamás amante nuevo. Ama al Cristo y segura llega hasta su tálamo, porque la Madre de El es virgen y su Padre no conoce mujer, y cuanto más lo ames serás más casta, cuanto más lo estreches a tu corazón serás más pura y cuanto más lo recibas en tu pecho serás más virgen. Despósate con Aquel a quien sirven los ángeles y de cuya hermosura se admiran el sol y la luna, Apártate, cuanto sea posible, del pábulo de la muerte y despósate con El, poniendo en tu dedo el anillo de la más pura fe de la que viven los justos y te tornarás de flaca y debil, columna inmovil, y la turba Angélica absorta contemplará el momento en que recibas el premio de los santos, y no te darán espantos los fieros verdugos ni bastarán a secar el verdor de tu pureza las más encendidas llamas, ni te amedrentarán las más sanguinarias fieras:—*no pueden matar el alma*,—dice el Esposo.

Nada baste a separarte de tu Esposo, ni la tribulación ni la angustia, ni la desnudez, ni los peligros, ni la espada, hasta que puedas decir con las almas que todo lo perdieron por Jesús y se lavaron en su propia sangre:—Héme ya en la presencia del que descé; ya poseo al que esperé; ya estoy unida en el cielo con Aquél, a quien viviendo en el mundo ame con toda fidelidad; ya lo tengo y no lo dejaré, porque desde en medio de las llamas a El clamé y lo adoré y lo bendije y lo glorifiqué. Hasta la muerte, hija mia, sé fiel y te dará el Señor la corona de la vida. **Desiderio.**



APÉNDICE A LA CUESTIÓN SEGUNDA

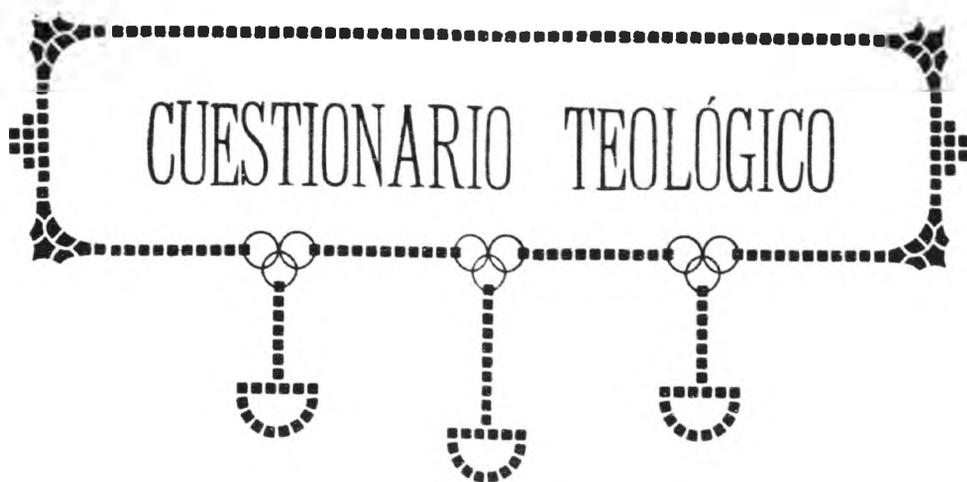
1.º Los naturalistas más entusiastas sostienen que la religión natural es una especie de *Constitución*, la cual, de tal manera regula las relaciones del hombre con Dios, que hombre y Dios no deben apartarse ni un ápice de ella, sin incurrir en una inconsecuencia. Inútil es decir que para éstos la religión natural es la que se forma el hombre. De aquel principio deducen que Dios no puede revelar verdad alguna sobre las que enseña la religión natural, ni mucho menos revelar preceptos sobre los que impone la naturaleza del hombre. Lo cual equivale a decir que Dios, Señor absoluto de todas las criaturas, queda de tal manera obligado al hombre, que sus derechos no pueden traspasar los límites de aquella como *Constitución*, firmada de ambas partes en el momento de la creación. ¡Qué necios son los hombres cuando se apartan de la revelación!

La ley natural no determina de una manera categórica, cómo se ha de honrar a Dios, ni mucho menos puede indicar cual sea el fin sobrenatural a que Dios ha elevado al hombre, ni cuales son los medios que conducen a él ya que no es suficiente para hacernos conocer y cumplir todas las verdades y preceptos del orden natural. ¿Podrá Dios revelarnos preceptos sobre los de la ley natural, estando por completo bajo su dominio los hombres? ¿y será poca obra de misericordia que Dios revele verdades sobrenaturales o verdades naturales cuando vé que por nosotros mismos caemos en una especie de idiotismo religioso?

2.º Si la revelación es necesaria hasta para que el hombre conozca las verdades religiosas naturales con certeza y por completo, síguese, que, supuesta la revelación, debe el hombre buscarla y aceptarla, puesto que obligación tiene de conseguir su último fin. De donde se deduce, que el indiferentismo es un absurdo extraordinariamente perjudicial al hombre, no menos que los sistemas políticos liberales que defienden, de una manera más o menos descarada, que los gobiernos no deben preocuparse de religión alguna.

3.º Cuando hemos hablado de las opiniones que hay acerca de si la revelación es evidentemente verdadera, nos referíamos solamente a la revelación mediata, pues cuando Dios revela inmediatamente su palabra lleva consigo tal convencimiento de que El es el que habla, que engendra la evidencia. Evidentísima fué la revelación para la Stma. Virgen, pues habiendo de ser la Corredentora necesitaba conocer con toda evidencia los planes de Dios. Evidente fué la revelación para los apóstoles, porque habian de testificarla de una manera especial y porque la recibieron directamente de Cristo.

Pero si esta evidencia de la revelación no impide el acto libre de la fé ni en la Stma. Virgen ni en los apóstoles ¿porqué la evidencia de ínfimo grado ha de oponerse a la libertad para creer la revelación mediata? —Los que sostienen que la revelación mediata no es evidente ni con evidencia de ínfimo grado, no dejan de defender que es cierta, y, por consiguiente, que quien la rechaza no obra racionalmente.



CUESTIÓN 3.ª

1.º **Necesidad de las notas de la revelación.** —Indudablemente que Dios, sin hacer ninguna injuria al hombre, pudo no hacerle revelación alguna, puesto que la religión natural le era físicamente bastante para conseguir el fin correspondiente a su naturaleza, y, por otra parte, pudo no elevarlo al orden sobrenatural. Pero Dios, siempre misericordioso, elevó al hombre y compadecido de las aberraciones morales y doctrinales en que caía, destituido de la revelación, enseñóle de una manera segura y sin mezcla de errores, la doctrina y preceptos religiosos por los que pudiera llegar hasta su completo perfeccionamiento y felicidad.

Pero como son muchas las teorías religiosas que se tienen como las únicas salvadoras de los pueblos, y la verdad no puede ser más que una, tratándose de teorías contradictorias, es preciso que haya notas o caracteres especiales para poder distinguir la verdadera doctrina religiosa de las teorías falsas.

Si Dios revelara a todos inmediatamente, no serían necesarias dichas notas, porque la palabra inmediata de Dios engendra el convencimiento de que El es el que habla; pero dado el orden actual de la Providencia, según el cual *fides ex auditu. Et homo per hominem de rebus divinis modo naturæ humanæ consentaneo edocetur*, son indispensables las notas de la revelación, pues, como dice Sto. Tomás "*homo non crederet nisi videret ea, quæ fidei sunt, esse credenda vel propter evidentiam signorum, vel propter aliquid hujusmodi*".

2.º **Que son notas de la revelación y como se dividen.** —Son "*signa quibus Deus suam revelationem cognoscibilem reddit*". El Concilio Vaticano, cap. 3.º, dice:

"Ut fidei nostræ obsequium rationi consentaneum esse, voluit Deus cum internis Spiritus Sancti auxiliis externa jungi revelationis suæ argumenta, facta, scilicet, divina, atque in primis miracula et prophetias, quæ cum Dei omnipotentiam et infinitam scientiam loculenter commonstrent, divine revelationis signa sunt certissima et omnium intelligentiæ accomodata."

Como se ve, con estas palabras del Concilio Vaticano, queda condenada

la afirmación de los tradicionalistas, que sostienen que las notas de la revelación no son nada más que signos probables de la misma, consecuentes con su principio de que en el orden religioso nada puede conocer ciertamente el hombre, sino mediante la fe.

Las notas de la revelación, o los criterios de la misma, así llamados, porque por ellos podemos distinguir la revelación verdadera de la falsa, o motivos de credibilidad, porque por ellos se hace evidentemente creible la revelación, pueden ser intrínsecos, como los que se deducen de la naturaleza misma de la doctrina, revelada, y extrínsecos, que tienen su fundamento principalmente en los hechos sobrenaturales, como los milagros, hechos en confirmación de la doctrina, que se dice revelada. Las condiciones de la persona o institución por la cual nos llega la revelación poco debe importarnos sino es el medio ordinario establecido por Dios para que llegue a los hombres la revelación, pues ésta es gracia *gratis data* y compatible por lo tanto con la falta de probidad. Si es medio ordinario, debe tenerse en cuenta, que Dios quiere que de ordinario lleguen sus gracias a los hombres por medios dignos, por eso hizo a la Iglesia Santa.

Las notas intrínsecas se subdividen en positivas y negativas. Estas son aquellas que demuestran que tal doctrina es o evidente o probablemente revelada. Cualquiera nota intrínseca negativa arguye que la doctrina que la tiene no puede ser revelada.

3.º Errores acerca de las notas de la revelación.—Los protestantes no reconocen más criterio para distinguir la revelación que la experiencia íntima o el sentimiento religioso o espíritu privado, y si admiten los milagros es como subsidiarios, a lo sumo de ese criterio puramente subjetivo, del cual, por necesidad, ha de deducirse que ninguna religión objetivamente considerada es más creible que otra.

Los racionalistas admiten como único criterio para distinguir la revelación (1) la conformidad que esta tenga con la razón humana. Mas, como para los racionalistas lo que es sobre la razón es contra la misma, no admiten los misterios y además pervierten el concepto de fé, pues el motivo de creer es, no la autoridad de Dios, que revela, sino la conformidad de ésta con la razón.

No cabe dudar que la experiencia interna, que enseñan los protestantes, como criterio único de la revelación, y la conformidad de ésta con la razón, como dicen los mismos tomadas en sentido católico, pueden considerarse como criterios, al menos, parciales, de la revelación, pues verdad revelada que no contradiga las verdades de la razón y que no cause cierta suave satisfacción en el alma no puede considerarse como tal. Pero no bastan los criterios negativos, son precisos también los positivos. Así no es legítima la conclusión siguiente: «Tal doctrina no causa torturas al alma: Tal doctrina no se opone a la razón: luego es revelada» Y aun suponiendo que se tome la experiencia íntima en su sentido afirmativo, tampoco puede decirse que la doctrina en la cual el alma encuentra satisfacción es revelada porque la verdad natural también la deleita.

4.º Notas más comprobativas de la revelación.—En general las notas más claras y comprobativas de la revelación son las extrínsecas, porque están al alcance de todas las inteligencias, pero no es menos cierto que las intrínsecas, es decir, las fundadas en la excelencia de la doc-

trina, en su benéfica influencia en el individuo, o en la sociedad, etc. son más del agrado de las personas cultas. Estas notas tienen mucho de subjetivas, y no conviene presentarlas como las más demostrativas de la revelación, pues en la mayoría de los casos, no engendra sino probabilidad.

El Concilio Vaticano hablando de los motivos de credibilidad, omite los intrínsecos y en cambio dice de los extrínsecos que son "*signa certissima et omnium intelligentiæ accomodata.*"

5.º **Criterios negativos intrínsecos.** —Son la oposición de la doctrina, que se dice revelada con la honestidad de las costumbres. La oposición que haya entre ella y las verdades naturales evidentes. La contradicción entre verdades de la misma doctrina.

6.º **Criterios positivos intrínsecos.** —Son la sublimidad y santidad de la doctrina y la íntima armonía y relación de cada una de las verdades con las verdades del orden natural, y de todas entre sí.

7.º **Criterios externos** —Son "*facta quædam sensibilia ab ipso Deo producta in favorem alicujus religionis*" Deben ser hechos sensibles, porque a todos incumbe conocer la religión revelada y los hechos sensibles, son los únicos medios que están al alcance de todos. Deben ser causados por Dios, puesto que la revelación impone la obligación de creer sus verdades por la autoridad de Dios revelante, y, por consiguiente, si esos hechos pueden ser causados por otro, no tendremos seguridad de que Dios es el que revela. Deben ser hechos realizados precisamente en confirmación de la religión, pues la fuerza comprobativa de ellos se funda en la íntima relación que tengan con la religión de cuya divinidad o revelación son criterios extrínsecos.

Los principales hechos como criterios extrínsecos de la revelación son los milagros y las profecías.

8.º **Concepto, división, cognoscibilidad y posibilidad del milagro.** — El milagro (a mirando), en su acepción general, es un efecto que excita la admiración, pues no podemos explicarlo porque su causa nos es desconocida.

Estrictamente considerado el milagro se define. "*Effectus sensibilis supra virtutem nature creatæ et præter ordinem consuetum nature divinitus productus.*" De donde se infieren las condiciones del milagro propiamente dicho: 1.º Que sea un efecto sensible, pues ha de producir admiración y ésta se excita por los sentidos, pero basta que sea sensible *per accidens*: 2.º Que sea *insolutus*, lo cual no quiere decir que sea poco repetido, sino que sea *præter consuetum totius nature cursum*: 3.º Que sea producido por Dios, que es para nosotros la causa más oculta en sí y en los medios que puede emplear para obrar. Así la justificación no es propiamente milagro, según unos, porque no es un efecto sensible; según otros, porque no puede decirse que se haga *præter ordinem nature*, pues no pertenece la justificación al orden de la naturaleza. La creación no puede llamarse tampoco milagro, pues por ella no se muda el orden de la naturaleza, el cual empieza en la creación. Tampoco pueden decirse milagros los efectos realizados por los espíritus, pues no son producidos por Dios, aunque los ángeles pueden ser causas ministeriales o impetratorias del milagro.

Para más aclarar el concepto del milagro, conviene tener en cuenta

que los milagros *praeter vel supra naturam* son los que ofrecen menos dificultad en su explicación pues a nadie se le puede ocurrir que la potencia de Dios, que es infinita, quedará de tal manera agotada al establecer el orden de la naturaleza, que no pueda producir efectos *supra vel praeter ordinem statum*. Los que ofrecen mayor dificultad son los contra *naturam et contra ordinem totius naturae*, por lo cual se impone la aclaración de conceptos. Las cosas creadas tienen dos tendencias una obediencial por la cual se sujetan a Dios como causa primera, para ser movidas por El, como quiera, y la tendencia que tienen a producir sus efectos propios. El milagro no es contra sino de conformidad con la tendencia primera, y así el milagro no es *simpliciter* contra la naturaleza. El milagro es contra la segunda tendencia y así se llama *contra naturam secundum quid*; pero nótese, que se salva perfectamente la naturaleza de las cosas con tal que conserven la actitud o capacidad habitual para producir sus efectos propios, aunque no lo produzca en un caso determinado.

Así el fuego no perdió su aptitud de quemar, aunque no se quemaron los niños metidos en el horno, como refiere la Sgda. Escritura. Obrar *contra naturam* es obrar en un caso determinado contra el orden de una cosa o su operación, pues naturaleza es *essentia rei secundum quod habet ordinem vel ordinationem ad propriam operationem*.

El orden de la naturaleza puede ser particular, general y universal. Particular es aquel modo con que debe proceder el efecto de su causa particularísima, atendiendo la potencia y naturaleza de ella. Así la elevación de un grave es contra el orden de los cuerpos que por sus condiciones naturales tienden a su centro de gravedad. Los efectos producidos contra este orden no son milagros, pues estos puede realizarlos el hombre. Generalmente es el modo como debe proceder un efecto atendiendo la naturaleza y potencia de la causa de la cual procede y además la relación, armonía e influencia que tiene con las demás causas naturales. Los efectos producidos contra este orden son los que propiamente se llaman milagros. Orden universal comprende los dos órdenes anteriores, mas comprende también el predeterminado por Dios. Contra este orden no caben efectos o milagros, a no ser que admitamos que Dios puede variar sus planes establecidos *ab aeterno*.

— Respecto de la causa que ha de producir el milagro hay que notar que no basta que sea desconocida *quoad nos* sino que es indispensable que sea desconocida *simpliciter*, es decir que solamente Dios pueda producirlo, pues de lo contrario no podrían llamarse efectos *supra, praeter, contra ordinem totius naturae creatae*, (2) pues otro cualquier sujeto que los produjera cae dentro del orden natural. De estas indicaciones se deduce que falsa sea la definición de milagro dada por Espinosa. «*Opus naturae cujus naturalem causam exemplum alterius rei solita explicare non possumus, vel satem ille explicare non potest qui miracula narrat.*» y la de Lok «*Operatio incurrens in sensus quae cum spectatoris captum superest. ejusque judicium cum constituto naturae cursu pugnet, ab eo divina censetur.*» y la de Malebranch «*miracula sunt conclusiones quarundum legum generalium, quae nos latent.*» (3)

— Los milagros pueden dividirse según la mayor o menor excedencia que tengan sobre las causas naturales y así se llaman milagros o *quoad*

substantiam facti, que de ninguna manera pueden producirse por la naturaleza o de primer orden; o *quoad subjectum* o de segundo orden, cuando la naturaleza puede producir el efecto; pero no en el sujeto en el que lo produce el milagro, como es dar la vida a un muerto; o *quoad modum* o de tercer orden, que son los efectos que la naturaleza puede producir, pero no en la forma que se producen milagrosamente, como dar vista instantáneamente a un ciego.

Los milagros del primero y del segundo orden también se llaman *quoad rem* y los del último orden *quoad modum*. (4)

—La posibilidad de los milagros puede demostrarse del modo siguiente: Los milagros son *contra, supra* o *preter naturam*; es así que ninguno de ellos es imposible ni intrínseca ni extrínsecamente. es decir, porque envuelvan contradicción o porque Dios no pueda producirlos: luego los milagros son posibles. Los milagros *contra naturam* no destruyen la naturaleza de las cosas, sino simplemente dejan en suspenso alguna de las operaciones propias de las cosas, las cuales las producen contingentemente y contando con el concurso divino y conservando además la virtud habitual para producir las, como hemos dichos en las aclaraciones del concepto de milagro. Si la mutación que produce el milagro es de un puro accidente de la cosa natural, entoces mejor queda a salvo la naturaleza, pues puede concebirse la naturaleza de una cosa sin los accidentes, así no se variaría la naturaleza del hombre, porque a un etiope se le tornase milagrosamente la faz blanca. Si los milagros son *supra naturam* entonces las causas por las que se verifica el efecto maravilloso, lejos de destruir su naturaleza la perfeccionan, adquiriendo por la potencia obedencial aptitud para producir efecto de un orden superior, así porque el cuerpo humano adquiera las dotes gloriosas, éste se perfecciona y el hombre no deja de ser racional y un compuesto de alma y cuerpo. Si son *preter naturam* lo único que se exige es que lo que la naturaleza puede producir con movimiento sucesivo, se produzca instantáneamente, lo cual tampoco envuelve contradicción, como aparece a primera vista.

Por otra parte, los milagros, estrictamente tomados, son obras exclusivas de Dios, que, por ser infinito, puede realizar todo lo que puede tener razón de ente: es así que los milagros, de cualquier orden que sean, pueden tener razón de ente, porque como acabamos de ver, no envuelven contradicción en su concepto. Luego los milagros son posibles intrínseca y extrínsecamente.

La variación del orden natural en un caso determinado, no supone variación en Dios. (Recuérdese lo que se dijo en el número 2 de la Cuestión 1.^a)

El Concilio Vaticano cap. 3.^o canon 4.^o «*Si quis dixerit miracula nulla fieri posse, priondeque on nes de iis narrationes, etiam Sacra Scriptura contentas, inter fabulas et mythos ablegandas esse. a. s.*»

La posibilidad de los milagros la niegan todos los incrédulos, en especial los panteistas, que dicen que las leyes naturales son modos inmutables por los que se desenvuelve y se manifiesta el Absoluto; los racionalistas que o niegan en absoluto el orden sobrenatural, o dicen, que lo que hoy parece sobrenatural, despues, en virtud del progreso, llegará la inteligencia humana a convencerse de que no era sino puramente natural: los idealistas que niegan la inteligencia de Dios en el gobierno del mundo: los fa

talistas que sostienen que todo sucede por necesidad. De todos estos dice Rousseau, que son dignos de vivir en el manicomio o de ser considerados como niños, pues no oponen sino puerilidades a la posibilidad de los milagros. Pero, en cambio, él niega la conoscibilidad de los mismos, lo cual es más pueril y más propio de locos. En todo milagro hay el hecho histórico del cual puede testificar cualquiera que haya sido testigo de vista o de referencia, que tenga sus sentidos sanos y que no sea loco. De lo contrario habríamos de dudar de los hechos más evidentes de la Historia. —Y no se diga, que es más fácil suponer que se equivocan todos los testigos, que el que se haya derogado una ley natural. Esto no quiere decir sino que es preciso ser muy prudentes para aceptar como milagros los hechos extraordinarios que se nos refieren. La Iglesia es prudentísima en esto y sino consúltese la obra de Benedicto XIV sobre canonización de santos.

Además hay en el milagro la razón filosófica, es decir el convencimiento de que tal efecto no ha podido ser producido por la naturaleza, para lo cual no es preciso conocer toda la fuerza de las leyes naturales, sino que basta un conocimiento negativo de la misma, es decir, un conocimiento de hasta donde no puede llegar la naturaleza. Así, aunque no conocemos todas las energías del orden mineral, podemos decir sin temor de equivocarnos, que el mineral no puede pensar.

El Concilio Vaticano *«Si quis dixerit,....miracula certo cognosci unquam posse a. s.»*

9.º Reglas para distinguir los verdaderos milagros de los falsos - 1.ª El milagro que pugna con otros de mayor orden, ha de tenerse como falso, pues las obras de Dios no pueden ser contradictorias unas de otras. — 2.º los milagros que favorecen la obscenidad no han de tenerse como obras de Dios. 3.º El milagro que proporciona daño al hombre ha de tenerse, al menos, como sospechoso, pues Dios no lo atormenta inútilmente. — 4.º El milagro hecho por persona desprestigiada ha de tenerse como sospechoso, pues aunque en absoluto Dios puede conceder la gracia de hacer milagros hasta a los reprobados, porque es de las gratias *gratis datae*, por su santidad no acostumbra a hacerlo.

Si el milagro ha sido predicho, si cede en utilidad del hombre y si es en confirmación de una doctrina santa, que favorece las buenas costumbres de los hombres o resplandece en ella la gloria de Dios, debe tenerse como obra divina.

Las obras prodigiosas de los magos, del [mesmerismo, del magnetismo y del hipnotismo que pueden confundirse con los milagros *quoad modum*, pueden distinguirse fácilmente de éstos, teniendo en cuenta que aquellas necesitan medios adecuados para que se produzcan y que éstos se obtienen hasta empleando medios contrarios, como dar la vista a un ciego empleando barro, que aquellas requieren tiempo y éstos se producen instantáneamente, que aquellas no se realizan sino en sujetos de determinadas condiciones, y estos pueden producirse en todos los sujetos de cualquiera condición que sean. (5)

10.º = Los milagros son argumento certísimo de la divinidad de la doctrina en confirmación de la cual se hacen. — El Concilio Vaticano: *«Si quis dixerit nec iis, (miraculis) divinam religionis christianae originem rite probari, a. s.»* La doctrina confirmada

con milagros no puede dejar de ser, por lo menos, evidentemente creíble, por lo cual Cristo decía: *«Si non facio opera Patris mei, nolite credere mihi. Si autem facio, et si mihi non vultis credere, operibus credite.»* (Joan X, 37 y 38) pues repugna metafísicamente, que Dios, verdad esencial, confirme con obras exclusivamente suyas, la falsedad. Las obras preternaturales realizadas por los ángeles también son comprobativas de la verdad de la doctrina, en cuya confirmación se hacen, pues los ángeles sujetos en todo a Dios, no obran sino por consejo o mandato suyo, por lo cual las obras de los ángeles pueden considerarse como obras divinas, no así las de los espíritus malos, que obran en virtud de una permisión general de Dios.

11.^a **Profecía**—Niegan la profecía todos los que niegan el milagro, pues la profecía es un milagro del orden intelectual, puesto que ninguna causa creada puede conocer con toda certeza los futuros contingentes que no pueden preverse en sus causas naturales. Por lo cual los que profetizaban, eran llamados divinos o *Deo pleni*, como dice S. Isidoro.

Para los racionalistas la profecía no es más que un vago presentimiento o cierto estado de sonambulismo, o una promesa general hecha en nombre de Dios.

Para los teólogos católicos la profecía es *«Praedictio certa eventus futuri, qui in causis naturalibus praevideri non potest.»*

De esta definición se deducen las condiciones de la verdadera profecía *Praedictio*, esto es, anuncio de que ha de suceder un hecho. *Certa*, para distinguirla de las conjeturas y probabilidades. *Eventus futuri*, pues sino fuera la predicción sobre cosa futura, desaparecería la nota milagrosa de la profecía pues lo pasado o lo presente puede conocerlo cualquiera. *Qui in causis naturalibus praevideri non potuit*, como son los actos que dependen de la libre voluntad de Dios o de los hombres.

Los espíritus buenos o malos no pueden conocer los íntimos secretos del corazón humano, si estos no se manifiestan de alguna manera, mucho menos pueden conocer los actos que pueda realizar el hombre en virtud de decisiones que haya de tomar mucho tiempo después. Así dice Santo Tomás: *«prophetica autem cognitio angelorum fit per illuminationem et revelationem divinam.»*

En efecto, los acontecimientos futuros libres no pueden conocerse sino es o en sí mismos o en sus causas; no pueden ser conocidos en sí mismos, puesto que todavía no existen y para conocerlos en su objetividad futura se necesita una inteligencia inmutable y eterna para la cual todas las cosas son presentes: Dios. No pueden ser conocidos en sus causas, pues éstas son libres, y, por consiguiente, indeterminadas *ad utrumlibet*.

12.^a—**Posibilidad, cognoscibilidad y fuerza demostrativa de la profecía**—Como, por una parte, Dios conoce con toda certeza los futuros libres y, por otra, es cierto que Dios puede revelar todo lo que conoce, no cabe duda que Dios pueda dar a conocer al hombre por la revelación ciertos futuros libres, que este no podía conocer por los medios naturales de conocimiento. Luego la profecía es posible. Pueden distinguirse las falsas profecías de las verdaderas casi por las mismas reglas que dimos para distinguir los verdaderos milagros de los falsos.

Podemos conocer perfectamente la profecía, pues el hecho histórico

nos puede constar por nuestros mismos sentidos o por el testimonio de los demás; y la razón filosófica de dicha predicción, es decir, si es verdadera profecía, podemos deducirla de la misma naturaleza del acontecimiento predicho, de las circunstancias etc. por las cuales deduciremos también si la predicción puede atribuirse a espíritus malos o al hombre fundado en las leyes naturales. Para esto basta un conocimiento negativo del hombre y de los espíritus, es decir, saber lo que no pueden conocer.

La profecía, como el milagro, hecha en confirmación de una doctrina es garantía de su verdad y de su divinidad. La fuerza comprobativa de la profecía se toma principalmente del cumplimiento de la misma. Así se dice en S. Juan cap. XIII, v. 19 «A modo dico vobis, priusquam fiat: ut cum factum fuerit, credatis quia ego sum.»



(1) Según los racionalistas la revelación no es más que el conocimiento de las verdades religiosas que el hombre puede adquirir por sus propias fuerzas intelectuales. (2) *Substantiae spirituales possunt sua virtute movere localiter corpora et per hunc applicant virtutes activas naturales ad aliquos effectus in passo producidos, qui mirabiles dupliciter modo redduntur, tum quia tales causae modo nobis inconsueto apponuntur ad propios effectus, tum quia tales causae ut instrumenta spirituum aliquam virtutem sortiuntur ex principali agente,* (22. DD. De Malo) pero no creando o cohibiendo, por la substracción de su concurso, la actividad de las causas naturales, lo cual es solamente propio de Dios. (3) Es muy digna de consultarse la magnífica obra del P. De Mir «El Milagro,» y el tratado del P. De Murcia, *Teología Natural, sobre naturaleza del milagro.* (4) Con esta división coincide la célebre de Santo Tomás, *contra, supra et praeter naturam*, la cual es conocidísima. (*) Este orden no es absolutamente inmutable, pues depende del número, colocación y movimiento de las cosas, el cual orden, por consiguiente, no es de esencia de las cosas, así podríamos concebir el sol moviéndose de otra manera de como se mueve y no teniendo satélites. (5) Vease Santo Tomás, *Contra Gentiles* libro 3.º capítulo 54 y siguiente.